

## El 10 de Banfield

Gordo, viejo y pelado

El barrio es humilde, la calle de tierra, el sol raspa la mañana mientras un gallo se desgañita con soberbia. Es Villa La Jabonera, es Laferrere, pero puede ser Villa Niza, Centenario, Albertina.

—¡Dale Li, levantate!

—Un ratito más, Vieja...

—Dale, José, se hace tarde, tu papá ya está saliendo.

Cuando llegó a Banfield no lo conocía nadie, casi nadie.

Cuando llegó a Banfield parecía un viejo, un gordo, un tipo pelado, lento, igual se le concedió la esperanza injustificada que se les da a los extraños, buscando después, ya tarde, de ser necesario, antecedentes como excusas que aten la exageración a la lógica, al sueño, a la ilusión.

Cuando llegó a Banfield, el gordo, viejo y pelado venía de otra categoría, de una clase inferior, de aprobar exámenes menos profesionales, menos exigentes, donde había sobresalido con habilidad, elegancia y temperamento. Lo que se sabía era realmente poco, que era un diez y que sus últimos seis meses los había jugado en un club de Uruguay que no era Nacional ni Peñarol, club del que se había ido para acompañar a su padre en la última enfermedad. El viejo, pelado y gordo parecía ser un ser distinto, en la era mega-comer-profesional, los casos de jugadores que dejan un club, que es como dejar el sostén, la vida, el futuro, por un padre, un hijo o una madre, no abundan, casi que no existen. Ese único acto era suficiente para convertirlo en leyenda y sin embargo...

La noche le va ganando la pulseada a la vista paulatinamente, los ojos van achicándose, ven donde parecía imposible, se resisten a ceder, una causa noble, cuando convoca, no tiene miramientos. Nada más noble que un juego de chicos. El potrero es un potrero como todos, tierra a rabiar, dos arcos de palos mal alineados, unas líneas imaginarias que demarcan los límites del juego.

—¡Li, Liiiiiii, a comer!

—Voy, ya voy...

—Me dijiste lo mismo hace media hora, José Luis...

—Último gol gana, Vieja, ya voy.

Cuando debutó en Banfield, lo hizo contra Chicago, recién nos habíamos mudado a la Valentín Suárez y desde lo más profundo de

por Sergio Caracciolo



ilustración de Andrés Alvez

sigue en la pag 3 ▶

## El Teatro de Banfield

por Nicolás Fratarella

Notte di luna

Se apagan los murmullos. Se encienden las luces. La noche de gala comienza. Rodolfo canta. Luce su voz. Rodolfo le dice a Mimí que su mano está fría. Que él puede entibiar esa manito gélida. Luego de eso se presenta: "Soy poeta, escribo, ¿cómo vivo? ¡Vivo!". El público conoce lo que se dice en el escenario, entendiéndolo el idioma, se estremece, escucha:

Che gelida manina!

Se la lasci riscaldar.

Cercar che giova?

Al buio non si trova.

Ma per fortuna

è una notte di luna...

Mimí, es apocada, soñadora, está enferma. Borda para su casa y para afuera. Se presenta a Rodolfo. El público espera el aria principal. La soprano canta a toda voz:

Mi chiamano Mimí,  
ma il mio nome è Lucia.

La storia mia è breve.

A tela o a seta

ricamo in casa e fuori.

El romanticismo está presente. No podía ser de otra manera. La obra de Giacomo Puccini con libreto de Giuseppe Giacosa y Luigi Illica destila romanticismo, el romanticismo amoroso de la pareja pero también el que está ligado a los ideales, a las esperanzas, a la poesía del pobre que se opone al dinero y a los principios burgueses.

Es «La Bohème», es la inauguración del teatro, es la primera obra que se pone en escena en el Maipú. La misma obra se había estrenado ese año en el Teatro Colón veinte días antes, con regie de Ezio Cellini, con Isabel Marengo como Mimí.

El teatro está lleno, sus quinientas butacas todas ocupadas. Su arquitectura dice por sí misma, que Banfield ya había dejado de ser un simple punto donde paraba del tren. Ese teatro lleno indica la cultura de sus habitantes, y el crecimiento del pueblo, de un pueblo como sinónimo de personas que tienen una identidad común.

A la italiana



ilustración de Florencia Lilover

Arquitectónicamente el edificio es "austero", tiene pocos elementos decorativos para el uso de la época. Sin embargo, esa ausencia marca una virtud: que aunque el presupuesto sea exiguo, si existe la decisión, las cosas se pueden hacer. Así lo pensaron aquellos pioneros de "Stella del Sud".

No obstante, la obra tiene todos los elementos que hace del teatro un edificio importante. Como no puede ser de otra manera, la obra tiene un diseño "a la italiana", tipología heredada de los teatros del siglo XVIII.

La sala tiene forma de herradura y una bandeja superior que sigue la silueta. El escenario está elevado, la boca del mismo es monumental y el telón colorado de brillo aterciopelado provee majestuosidad. La caja escénica es amplia, y permite el proscenio. Delante del mismo está el foso para

sigue en la pag 3 ▶

### Editorial

La calle 2

Mis amigos, saben que la que considero la mejor película que he visto, es "La Película del Rey", la opera prima de Carlos Sorín. Puedo escribir muchísimo sobre ella. Me apasiona el personaje y me interesa mucho la historia. Es una de las primeras películas que fui a ver al cine, me la sé de memoria. Para tener una idea de mi fanatismo, en Chile, he parado la proyección porque advertí que habían intercambiado los rollos, logré convencer al maquinista y finalmente la gente vio la película en el orden correcto. Siempre la tomé como mía. Varios pasajes me emocionan. La película trata del proceso de filmación de una épica en la Patagonia Argentina. Es la filmación de la historia del príncipe de la Patagonia, Orélie Antoine de Tourens. A los diez minutos de empezado el film, el equipo se queda sin plata. Esto me emociona puntualmente; es el desasosiego del director, el productor le cuenta la mala, trata de convencerlo de desistir, pero David, (vaya nombre) decide filmar igual, arriesgarlo todo, escapar hacia el frente, como si la inminente derrota le diera una fuerza extra para enfrentar el destino, el camino la estrella o Goliath. El productor, terrenal hasta el hartazgo, protagonizado por Ulises Dumont, pregunta a David:

—¿De dónde vamos a sacar los actores? ¿De la calle?

Ahí vemos al director casi ido, que ve en la pregunta la respuesta.

—Sí — afirma y agrega —, de la calle, del sur. La cámara se aleja y vemos que habla desde un departamento en un edificio enorme. Es una hormiga en un hormiguero ciego.

¡Ah! Cómo me gusta esa parte.

El resto es pura aventura. Una historia para vivir y recordar. Una película para aprender, no solo de cine. Hace tiempo, quiero creer, vengo haciendo una versión libre de esa película. Con "El Garrafa" fue más o menos así, nos prometieron un apoyo que nunca llegó y nunca recuperamos el dinero invertido. Pero lo hicimos. Nos piratearon la peli y solo se la pudimos vender a los yanquis y por dos pesos. Pero tenemos historia.

Hoy por hoy, la encrucijada se abre con el periódico "El Banfileño" ¿Cómo seguir? ¿qué nos queda? Solo escapar hacia delante. Me digo que nacimos en la malacostumbre de pedirle a seres distantes o pocos probables y casi siempre pocos probos, que nos solucionen las cosas. Me digo que está demasiado de moda, eso de creernos los elegidos, para que todos nos curen, amen y esperen. Ahí, me viene "La película del Rey"

—¿De dónde vamos a sacar el apoyo?

—De la calle.

Lo que estoy haciendo ahora es simplemente hacerle una pregunta a usted. A usted, sí, al que está leyendo. La pregunta es la siguiente: ¿Quiere que el periódico siga saliendo como lo hace, una vez por mes, con estas personas que escriben, con estas personas que reparten y sin publicidad? ¿Quiere colaborar? Bueno, si su respuesta es sí, acérquese y hable con nosotros. No vamos a hacer una campaña de esto, ni siquiera es una queja. Esto es una oportunidad entre Ud y nosotros, de crear una nueva historia. Si usted cree en este periódico, usted puede colaborar para que éste dependa de la imprenta amiga, de los que lo escribimos, repartimos y leemos. Nos llamamos colectivo, porque es de todos nosotros y nos lleva. Hasta ahora los hemos invitado a pequeños recorridos, ahora aprovechamos la confianza de entrecasa, preguntamos: ¿Quiere un boleto?

Si usted sacó un "boleto imaginario". Para nosotros esto empieza como termina, es decir sale capicúa.

Sergio Mercurio

# Rincón

por Osmar Castro

# Coco

por Nerea Otero

Algunos años atrás, cuando salía de la estación de Banfield por el paso bajo nivel hacia el oeste, llamó mi atención el hombre sentado en un banquito haciendo algún trabajo sobre la pared cercana. Me coloqué a sus espaldas y, desde allí, pude apreciar la proyección de su obra. Sin pensar que podía molestarlo le pregunté qué material estaba utilizando, sin moverse ni dejar de trabajar contestó con una sola palabra... "cemento", cortesía formal y displicente que no evitó la segunda: "¿lo hace de memoria?", dejó la cuchara en el suelo y por un segundo imaginé la peor respuesta pero, con gesto amable, me señaló un papel amarrado junto al balde, en él pude observar una reproducción antigua de una parte de la estación, posiblemente de los años cuarenta o anteriores.

Se reacomodó en la pequeña banqueta y mencionó, "soy Micó, tengo obras hechas en Lomas y otros lugares"... sabía de quien se trataba, sus trabajos tienen un estilo y características como las que estaba viendo.

Conversamos algo y luego siguió con su tarea. Miró en el suelo el ajado papel que, desde ahora, señalo como partitura; elevó el brazo y la carga de cemento que se agitaba en la cuchara quedó estampada en la pared... repitió el movimiento un par de veces, levantó la vista un minuto, bajó su batuta y atacó con sus instrumentos para distribuir el material... con un adagio placentero y muy corto permitió la entrada a un allegretto sostenido... armonizó ligeras notas con su afinada espátula y, de la nada, comenzaron a surgir hombres con su ropa de trabajo ocupados en bajar tarros de un vagón... la abertura continuaba cuando comenzaron a llegar los carros lecheros aguardando en las cercanías...

Quedó plasmado, en ese bajo relieve, un sector de la estación de Banfield donde se expone la actividad de un día común en el playón de cargas, testimonio extraído de la realidad, un instante congelado que hace presente aquel pasado.

Actualmente, muy cerca de esos lugares, el movimiento pasa en torno al transporte urbano, la terminal de ómnibus levantada en lo que fuera antiguamente "La Carbonera" es protagonista de ese espacio.

Hasta mediados del siglo pasado los ferrocarriles ocupaban más del 80% del transporte de cargas de todo el país. La red ferroviaria llegó a tener alrededor de 47.000 kilómetros de vías y más de 80.000 vagones de cargas, esto explica su importancia en esa época, sin competencia en la red caminera.

Solamente la línea del Roca, antes Sud, llegó a recorrer más de 8.000 kilómetros de vías.

En nuestro cruce Larroque-Chacabuco solía haber largas esperas para cruzar cuando pasaba un carguero; chirriaban sus ruedas contra los rieles en su andar lento por el peso que arrastraba la numerosa formación, daba

la sensación que nunca terminaba y, sin embargo, tanto peatones como automovilistas resignaban parte de la histeria y los bocinazos, simplemente miraban y algunos, quizás, contaban vagones que muchas veces llegaban a los cuarenta, hasta que veían por fin el furgón de cola.

El contenido de las cargas abarcaba prácticamente todo lo que se producía en el interior del país. La actual línea Roca pasaba por varias provincias: Buenos Aires-La Pampa-Neuquén y Río Negro y en centenares de pueblos o ciudades grandes solían generarse operaciones de cargas y descargas.

Banfield, al igual que otras localidades de la zona, tenía la recepción

lechera que venía directamente de las cuencas lecheras del sur. Los tambos que existían aquí, desde las primeras décadas del siglo pasado, fueron desapareciendo por el tremendo avance urbanístico de la ciudad. La leche, que se vendía fraccionada por pedido del cliente, era de buena calidad. Los médicos "de niños" la sugerían cuando había que suplementar la alimentación del bebé. Entre familias se recomendaban al proveedor... "el vasquito fulano es prolijo y no la bautiza"... como aquel tambero, que al hablar de los rindes de las lecheras, se

jactaba de la producción de su mejor "vaca" a la que llamaba "cola de fierro", en realidad no era otra cosa que la bomba de agua con su manija de fierro, con ella completaba los tarros antes de cargarlos en la estación de su pueblo.

Retirada la leche, el reparto domiciliario a los clientes se hacía a riguroso carro, y el lechero pasaba a ser como el cartero en su bicicleta, todo un personaje.

Algunos otros productos llegaban a la estación, como manzanas de Río Negro o de algún partido de la costa, cuando las grandes producciones superaban la demanda. Se vendían a granel y a muy bajo precio, las manzanas eran pequeñas y muy sabrosas, para el consumo directo o para dulces caseros.

Una pequeñísima parte en la vida de nuestra ciudad... una parte del pasado, página de un libro especial que no tiene numerada la última hoja, siempre habrá una más, la historia es dinámica... los tiempos determinan lo que fue, es la historia, el presente inexorablemente también va hacia ella.

La terminal de cargas o playón de la estación en su momento tuvo importancia; era un pequeño puerto terrestre y generaba la pertinente actividad social, y los pueblos y ciudades crecen con esa movilidad.

El presente se vive. La historia se hace preservando lo conocido... cuidando sus fuentes, indagando y buscando, y muchas veces la historia se nos ofrece en cualquier sitio, hasta en la salida de una estación en un rincón de la pared.



Foto: Wiky Membrer

## Correo de lectores

Hola Banfileños!

La casa de mi hermana y su familia es la casa en la que vivió Dee Dee.

Es en Pintos entre Lugano y Levalle, en diagonal al autoservicio, en PH.

¡Búsquedas resuelta!

Besos

Ceci

Corrían los años sesenta... Desfilaban personajes de todo tipo, pero había uno que sonaba misterioso, con su pelo largo canoso y engominado, su sobretodo gris y el pucho entre las manos, rumbo a los boliches, El Vomito o La Guillermina, era por todos conocido como el Loco Serenata.

Había nacido cerca de 1930, y se había criado en una casa lindera al club Defensores de Banfield, de joven había tenido éxito con las mujeres, pero terminó casándose con la libertad, se convirtió en un bohemio empedernido, cuya pasión eran los pingos y su familia, los muchachos del café, la barra burrera. Trabajaba de pintor de brocha gorda, lo contrataron para pintar una casa, Serenata estaba apurado para terminar e ir para el boliche, entonces comió un grueso olvido: pintó y no sacó los cuadros, y así fue la sorpresa del dueño de casa cuando notó lo ocurrido.

Su adicción por las carreras lo llevó a una pobreza extrema, lo que lo llevaba a rebuscárselas de cualquier manera. Iba al hipódromo sin un peso, se le acercaba a un apostador y le decía: "ponele al 2 que es imperdible", lo mismo hacía con otros aconsejando distintos caballos y al que ganaba lo encaraba en la ventanilla "te salvé, tirame un diego" y así llegó el momento que hasta vendió la cama para poner la plata en una fija "déjenme estudiar (el programa de carreras), que yo soy un científico en esto, ustedes son aficionados" se jactaba "necesito un financista, yo pongo el conocimiento y otro que ponga la plata" decía, y cuando llegaba la hora de pagar lo consumido y cuando la jornada turfística no lo había favorecido, se excusaba: "Otra vez me bolsiquearon en el bondi" o "me olvidé la billetera arriba del piano". Murió a los 69 años por un cáncer en la garganta, y en sus últimos momentos, internado

muy grave les pedía a sus amigos con un hilo de voz: "saquenme de acá, quiero ir al boliche".

**Guillermo Madero**

Hola, quería pedirles, ya que no me pueden plantar el limonero, si podrán podarme o directamente sacar el tilo que tengo en la puerta de mi casa porque me llena la vereda de hojas, sobre todo en esta época del año. En ese caso, con alguna persona de mi familia, podemos después plantar el limonero en ese espacio.

**Adriana Iparraguirre**

¡Banfileños! Qué librero se mandaron, es como una biblia banfileña. Yo no sé como se hace para viabilizarlo, pero me parece que el libro de EL BANFILEÑO debería estar en todas las escuelas de la zona. Yo me mudé hace poquito, pero mi vieja me los colecciona. Me gustó eso de que somos Vieños, yo ya los hice recalentar a un par con eso, Estudio comunicación en la UBA,

**Lautaro Conmidari**

A ver, a ver, a ver. Vayamos directo al grano, lo que hizo el señor Campanella o su equipo, se llama plagio, y eso es un delito perfectamente tipificado en el código penal. Yo supongo que el espíritu del colectivo banfileño no es pasarse discutiendo con abogados, pero seamos sinceros. "Metegol" comienza y a los 30 segundos ya copió a "El Garraffa", si ustedes me dan el ok iniciamos el pleito. Ganar se gana, con o sin juicio. Yo no les voy a cobrar honorarios. Lo hago por el honor de ser de Banfield. Con el dinero que se gane ustedes sacan "El Banfileño" 10 años.

**Leonardo Ulises Moresco**

Compre el libro, el debate escribano sodero no tiene desperdicio. Mercurio aburre.

**Sebastian Olimani**

Año 1935... o 36, "no guardo mucho de esto", afirma el hombre reflejando al muchachito que fue, por esos años ajados pero imborrables de cara a este presente. Camisita que sobresale por el cuello de su sweater, piernas rápidas, agilidad que trae aparejada la juventud y el vigor de unos, apenas, quince años. El colegio, todavía en curso, mechado y traspasado por el entusiasmo, la responsabilidad, la sensación de sentirse grande -todo un hombre ya- en medio de la incertidumbre, los vaivenes de aquél colectivo y el boleto a sólo diez centavos.

Ahí andaba Coco viviendo como en dos realidades paralelas. Desligándose del furor de la tarea, el recreo y alguna muchachita de su barrio, Banfield, con la que se casaría años después. Así andaba, despegando sus quince de sus tareas, para sumergirse en el recorrido del nueve, no como pasajero, sino como el guarda. Porque Coco allá por el 36, además de ser un niño, un joven, o una mezcla de esas dos cosas, era también el guarda del colectivo número nueve.

El guarda sumido en su dualidad; ese mismo que amanecía todas las mañanas y comenzaba su jornada. Cielo gris, plomizo, a veces despejado. Frío, calor, niebla. No importaba. En aquéllos años el clima, el cielo o la temperatura no le impedían casi nada. Permanecía igual, inmutable, dispuesto a su jornada de seis horas arriba del nueve, carrozado -como eran los colectivos en esa época- y con ese nuevo look, puesto en práctica desde hacía un año. Particularmente amarillo, ese bondi andaba por Beruti, Alvear, Uriarte y Cementerio.

Su sonrisa calcada cada día, los ventanales laterales, el número escrito con tiza en la pizarra de arriba y los boletos de papel cortados por un aparatito y controlados por una planilla que empezaba en el cuatrocientos veintiocho. "Buen día, tome", y el peso veinte bien ganado, de vuelta a casa, al final del día, después de transitar dos escenarios condensados en un solo cuerpo y procesados por un solo cerebro.

Seis, seis y pico. Esa era la hora en la que comenzaba su turno hasta entrar al colegio pasaditas las doce; sumergiéndose así en la otra parte de su realidad, de sus pensamientos, de sus inquietudes habituales y esperables. Las horas que en apariencia trabajaba eran seis, pero siempre y sin reparos, terminaban siendo ocho. Quince -como sus años- o veinte, eran las personas que él veía subir al colectivo todos los días en su turno. Algunos eran fácilmente distinguibles por tomarlo diariamente al mismo horario. Otros, extranjeros, franceses, pagaban con un peso y no le hacían justicia al cambio que él, no podía darles, sólo para que más tarde su empleada lo esperara a fin de saldar puntualmente la deuda con el guarda. El guarda a medias solemne, añorado; en el pasaje permanente y no sólo hormonal entre la vida de geografía, matemáticas y las diversas caras de camino al Cementerio.

Así era Coco tiempo atrás, así se mantuvo Coco con el paso de los años que no han parado de sumar. La cuenta pisa los noventa y cuatro pasos. Los noventa y cuatro años en su haber. Los más de noventa y cuatro boletos emitidos, los más de noventa y cuatro días subido al nueve, con el vaivén de su ruta y el repiqueo de su interior, ante cada cimbronazo de la juventud. Los más de noventa y cuatro soles de los que fue testigo...Y la cuenta sigue, efectivamente, para Coco. La cuenta no deja de crecer, tal como lo hizo ese niño, ese guarda. Ahí sigue, ahí permanece...

Si surge alguna duda, quizá con algún colectivo de por medio, lo encuentra por Arenales, casi chocándose con Malabia, antes de llegar a Escalada, pues Coco vivió, vive y vivirá siempre en Banfield.



**EL COLECTIVO BANFILEÑO**  
Director: Sergio Mercurio  
Propietario: Adrián Mercurio  
Editor: Javier Mercurio.  
Ilustraciones: Andrés

Alvez, Florencia Lloret. Redacción: Nicolás Fratarrelli, Sylvia Bonfiglio, Mario Arraraz, Osmar Castro, Sergio Caracollo, Vicky Méndez, Nelson Ferreyra, Osvaldo Fani, Nerea Otero, Vero Weid, César Canessa, Eduardo Sánchez. Equipo: Adrián Botindari, Martín Etchegaray, Elvira Larroza, Juan Carlos Mercurio, María Helena Cosentino, Gabriela Baztan, Agustina Ferreyra. Mónica Larroza

viene de la pag 1

## El 10 de Banfield

esa pequeña tribuna, justo detrás del arco propio, apenas vimos, entre el alabrado, los abrazos y el vértigo de la euforia, cómo el pelado, gordo y viejo convertía un gol de penal y, dentro del arco, del otro, del rival, los brazos alzados entre la red, hacia el cielo, lloraba como un niño sin consuelo. Lejos de buscar la mejor posición para besarse la camiseta, cerca de los fotógrafos, de correr cien metros para que la hinchada lo viera, metiéndosela en el bolsillo de entrada, el tipo le dedicaba el gol a su viejo, que apenas se había ido, en el lugar más íntimo que podía encontrar dentro de una cancha de fútbol. Supimos que sí, parecía ser distinto.

Cuando llegó a Banfield empezaba un nuevo milenio, el anterior había cerrado de la peor manera, en espiral descendente: un descenso en el '97; la frustración de un equipo armado para volver que, como en una pesadilla, fue perdiendo la identidad con la que había arrasado la primera parte del torneo, el de Camoranesi, Glaria, Jiménez, Reinoso; la intrascendencia, la desolación y hasta un toque de vergüenza, tras ser eliminados por El Porvenir en un reducido que nos puso justo ante el equipo del viejo, gordo y pelado. Con ese equipo había salido campeón sin privarse de nada, dando la vuelta olímpica con la camiseta verde y blanca, del club que lo vio crecer, Laferrere. Era distinto.

Cuando llegó a Banfield de eso veníamos, con la cabeza baja, la espalda doblada, los hombros caídos, viendo como el eterno rival del barrio subía a primera, luego de eliminarnos del campeonato, nadie podía creer en serio que un pelado, viejo y gordo iba a levantarnos y sin embargo...

El ritmo del barrio cobra impulso a media mañana, las mujeres salen a hacer los mandados para cocinar, luego de limpiar un poco la casa, ordenar las camas, acompañar a los chicos a la escuela. Las calles se llenan de repartidores, el lechero, el sodero, todos tipos que armaron su reparto casa por casa, año tras año, el reparto es de ellos y ellos ya son menos que el reparto, hay que hacerlo como sea, ahí no hay excusas ni feriados ni licencias...



Jose Luis Sánchez

—Nos vamos a hacer el reparto, Vieja  
—Voy con ustedes.  
—Quedate, José  
—No, voy, lo reemplazo al Viejo hasta que se ponga bien  
—¿En serio? Mirá que vas a tener que laburar...  
—Sí, sí, dale boludo, vamos...  
  
—Bueno, dale, bajá vos, José...  
—¡Garrafaaaaa!

Cuando llegó a Banfield el barrio, el club, el hincha recuperó la autoestima, volvió a plantarse firme, tan firme que el final del torneo nos encontró campeones luego de vencer al caballo del comisario en la última fecha, el Arsenal de Grondona; al equipo sensación que no había perdido un solo partido de local, el Instituto de Martino; y al señor dinero, el Quilmes del Máquina, el Chori y el Exxel Group, en todos esos partidos convirtió, además de descoserla. Fue la victoria del sueño del potrero sobre la empresa, la rebeldía sobre el poder, la magia sobre la lógica. Estaba flaco, joven y peludo, y esa lentitud que muchos creían ver era compensada por una velocidad mental

superior a la de todos sus rivales, con esa velocidad improvisaba, dibujaba, bailaba y sin embargo...

En un partido de aquel primer campeonato había demostrado que era humano, había errado un penal y estrelló su cabeza contra el poste, no culpó al pastito mal cortado ni a la pelota muy liviana, al terreno desparejo ni al arquero que se adelantaba, solo a su testa. Definitivamente, era distinto.

Cuando se fue de Banfield los aires de Primera, las burbujas coperas, se nos habían subido a la cabeza, en medio de la algarabía, el orgullo y el deslumbramiento por tocar cielos otrora inalcanzables, casi nadie se dio cuenta; se fue entre sombras que no merecía, justo él que había sido el mentor de nuestra resurrección, justo él que ya había demostrado que tenía pelos, y mañas, con el gol olímpico a All Boys, que era flaco, y dúctil, con el tiro libre a Independiente que nos mantuvo en Primera y mandó a los vecinos a la Promoción, que era joven, y guapo, cada vez que escondía la pelota, ponía el traste, enganchaba, giraba, volvía y no se la podían quitar, no podían y sin embargo... Allí arriba es como un barrio cualquiera, lleno de personas que esperan una oportunidad, lleno de sueños, lleno de ilusiones, lleno de ausencias que pretenden ser reparadas. LLamalo cielo, corazón, nostalgia.

—¿Cómo andás, José?  
—Bien, Viejo. No sabés como te extrañaba.  
—Mirá que te dije que las motos...  
—No pasa nada, Viejo. ¡Vení, abrazame!

Cuando se fue de Banfield casi nadie tuvo reflejos para despedirlo como se merecía, recién cuando se fue más allá de Banfield, empezó a desfilar el reconocimiento que se había ganado, pero antes, a tiempo, solamente un puñado de locos tuvo el reflejo de invitarlo a comer un asado, a jugar a la pelota, a decirle "¡Gracias, Garrafa!".

No es casualidad que esos locos sean los mismos ideólogos de El Banfileño, ya se sabe, ellos también son gordos, viejos y pelados.

viene de la pag 1

la orquesta.

El Foyer es proporcional a la sala. No exagera su importancia. La simetría marca dos escaleras hacia los costados que llevan a los espectadores a la planta alta. Algunos indicios masónicos están sutilmente dispuestos en el edificio. Uno de ellos: el piso del foyer muestra 33 baldosas. Hay otros. Se notan, búsquelos.

El foyer funciona a la perfección. Allí la gente se ve, se mira, se estudia. En el foyer se produce la primera puesta en escena antes de la que se producirá en el escenario principal.

El programa de la noche de la inauguración explicaba: "... Lluvia o polvo, frío o sol a plomo, nada detiene a estos osados aventureros (...). Su existencia es una obra de ingenio, un problema cotidiano que siempre consiguen resolver..."

Quizá haga falta decir que estos renglones son las palabras que explicaban la obra de Puccini y no la obra de esos pioneros que hicieron el teatro (¿o también explicaban a ellos?).

No te mueras sin decirme dónde vas.

En la década del 50 el edificio se reforma. Se adiciona una planta alta que da hacia el frente (actualmente en uso con destino residencial).

Con el crecimiento de la ciudad se crearon dos salas más en Banfield. Fueron salas de cine, el San Martín, (Hoy Banco Nación, sobre la calle Alsina) y el Ambassador, luego Banfield (hoy devenida en galería, sobre la calle Maipú). El Teatro Maipú se reconvierte en sala de cine; pero luego de un principio auspicioso, dedicándose a la proyección del cine nacional, vino la decadencia.

Hoy el Teatro Maipú (que retomó su antiguo nombre luego de que en la temporada 1986-2001, se había rebautizado como "Payró") sigue en pie. Es parte de Banfield. Cuidarlo o no cuidarlo es el dilema. Desde Maipú al 380 las próximas generaciones hablarán de nosotros como sociedad.

En los años noventa Eliseo Subiela, el mismo director de "Hombre mirando al sudeste" filmó "No te mueras sin decirme adónde vas". En el film podemos ver a Grandinetti y Mariana Arias deambulando por el foyer del Teatro Maipú, caminando por entre las butacas. La película empieza con un inventor hablando, imaginando... en

## El Teatro de Banfield



ilustración de Florencia Lloret

blanco y negro.

La sinopsis de la película cuenta:

"Leopoldo trabaja como proyeccionista en un cine en Buenos Aires. Lleva años intentando construir una máquina capaz de grabar los sueños humanos. Un día consigue grabar un sueño, en el que se enamora de una mujer que vivió 110 años antes. Poco después, conoce a esa mujer en la puerta del cine en el que trabaja. Se llama Raquel, y dice que ambos llevan años reencarnándose y convirtiéndose en amantes. Leopoldo no consigue recordar nada de Raquel, pero ambos se enamoran. El problema surge cuando Raquel se confiesa harta de reencarnaciones, y desea permanecer muerta de una vez por todas. Leopoldo, en cambio, tiene un miedo atroz a la muerte".

Agradecimiento a Gustavo Roca Derramo. Presidente del Centro Cultural Maipú, actual administrador del Teatro Maipú.

## Lejos de Banfield

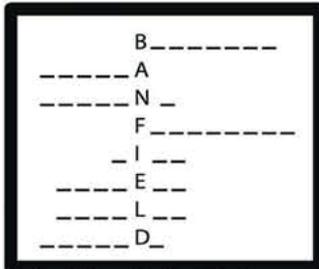
En 1870, se gestaba la unificación de Italia, acontecimiento que quedaba muy lejos y a la vez muy cerca de aquella primera casilla de madera al costado de las vías que se denominará "Estación Banfield". No obstante, la unión territorial no unificaba pensamientos ni intereses. Las pujas políticas entre los partidarios de la república y los del rey, entre los laicos y los clericales, entre los liberales y los monárquicos, y, a su vez, entre las diversas regiones recién agrupadas, persistieron por décadas.

Los italianos que llegaron a la Argentina se agruparon y comenzaron a constituir diversas asociaciones que buscaban fomentar lazos solidarios entre sí, sin embargo, continuamente surgían diferencias que motivaban separaciones y nuevos agrupamientos.

En Lomas de Zamora, donde se produjo uno de los primeros gérmenes asociativos de la zona, también aparecieron las discrepancias, así fue como la gente del sur de Italia se dirigió a Banfield, y la del norte se quedó en la ciudad vecina. Una, la de Banfield, se llamó entonces "Stella del Sud" la otra "Unión y Estrella". Con el tiempo surgió una nueva asociación organizada por los italianos del centro de Italia, "Nuova Roma", que se instaló en Temperley y que a su vez sufrió un nuevo desprendimiento: la "Società Italiana di Mútuo Soccorso".

Es así como en 1890 nace en Banfield la Asociación "Stella del Sud" y, treinta y seis años después, el 21 de agosto de 1926, inaugura su gran obra: el Teatro Maipú.

## BANFIGRILLA



- 1) Estadio Final de Copa de Honor 1920
- 2) Reemplazante Huarte 2da final 1951
- 3) Kiko, 31 presencias y 3 goles Campeón 1962
- 4) Enrique. DT Año 1977
- 5) Reemplazante Wensel final 1993
- 6) Apodo Capitán CAMPEON 2009
- 7) Autor 3er gol 8/3/08
- 8) Nombre Tito Noir

Ganador Banfigrilla Abril:  
Diego Saporiti

Enviar solución a [elbanfileño@yahoo.com.ar](mailto:elbanfileño@yahoo.com.ar)

## ESCRITO EN EL AIRE

Si quieren unir el este con el oeste ¿no es hora que empiecen a hacer algún pozo?

Con paraguas no entrás, con moto y revolver: todo bien.

Los que se cagan a tiros ¿Para quién hichan?

¿Se puede o no se puede estacionar de mano de derecha?

La calle Malabía ¿pertenece a otro Municipio y por eso no la arreglan?

¿No da para un Cine en Banfield?

## BOLETO IMAGINARIO

Desde octubre del 2012 este periódico ha ido mutando y lo sigue haciendo, durante 2 números dijo ser independiente, pero reflexionó y asumió su dependencia. Y luego se transformó en un colectivo, de colectividad, de ir juntos hacia un destino que siempre llamamos Banfield; es decir; asumimos a lo largo de los meses, que este periódico dependía de los



vecinos. Usted ha hecho que sigamos saliendo porque nos alienta a seguir, lo busca y lo colecciona, lo trabajan los docentes. Ya explicamos también que el periódico lo pagamos quienes escribimos y quienes forman el colectivo "El Banfileño", si usted quiere ayudar lo invitamos a que saque un boleto mensual. Es un boleto imaginario. Cuando usted se lo cuente a un amigo suyo de otro lado, le dirá que en Banfield en el año 2000 hay un periódico hecho por vecinos que aman las historias, las buscan, las

rescatan y las escriben, y que ese periódico no tiene publicidad ninguna, porque está hecho solo para leer, para pensar y para recordar. Lo van a mirar raro si, además, le dice que usted lo abona. Abona un boleto porque es un colectivo quien lo hace. Si le preocupan las valores puede sacar el mínimo y viajar hasta donde quiera. Nosotros, los que lo hacemos, vamos a estar muy contentos, solo con su intención de ser nosotros, de acercarse a empujar el colectivo un poquito.



para sacar el boleto imaginario  
[elbanfileño@yahoo.com.ar](mailto:elbanfileño@yahoo.com.ar)

# El Buen Pastor

por Sylvia Bonfiglio

"Mi alma siente una tristeza de muerte. Quédense aquí velando conmigo...  
 ¿Es posible que no hayan podido quedarse despiertos ni una hora?...  
 ¡Levántense! Ya se acerca el que me va a enterrar."  
 Mator

Don Antonio cerró la pesada puerta de la iglesia románica con dos vueltas de llave. Miró hacia arriba y las cigüeñas de la torre batieron sus picos como un saludo. Era invierno en Castilla. Se fregó fuertemente las manos para calentarlas, se puso el gorro y caminó los 80 metros que lo llevaban a la casa parroquial. Luego de ordenar algunos papeles en su despacho, de contestar unos mails y terminar unos escritos, frió unos huevos, comió pan y tomó un vaso de vino. Fue a la sala a ver televisión y pensar un poco... pensar en cómo estos últimos 25 años lo habían convertido, casi sin que él lo notara, en Don Antonio. No sabíamos la dimensión de lo que estaba pasando... no teníamos idea de que la cosa iba a llegar a tanto... En la ignorancia de los sucesos permanecimos muchos, sin sospechar siquiera... con el discurso cambiado, creyendo en lo que nos decían por la tele... "¡Señora, ud. sabe dónde está su hijo ahora? ¡Sh!! ¡El silencio es salud!  
 "El buen pastor da la vida por sus ovejas...", una y otra vez volvía el versículo bíblico a su cabeza... el versículo leído y repetido y aprendido y elegido... El pastor era un pibe, entonces. Curita en país extraño. Ideologías encontradas. Antiguas certezas se descabezaban en su corazón.  
 "El pastor tiene 100 ovejas; una se cayó en un pozo. El buen pastor deja a las 99 y va a rescatar a la caída". Su mente era un laberinto de palabras, de textos y de dogmas; de creencias y dudas.  
 El pastor no podía dormir porque sabía que la noche iba a ser muy larga, tan larga como un día infinito de oscuridad. ¿Para qué los frailes le habían repetido tantísimas veces ese versículo? ¿Para qué lo había guardado en su corazón desde los años del catecismo? ¿Para qué? ¿Tal vez para darle sentido a una noche certera en el porvenir?

¿Acaso esa era la razón? ¿Una noche definitiva que lo estaba esperando desde siempre, desde la infancia, desde el comienzo mismo de la vida? Una noche que lo transformaría en herramienta necesaria.  
 El pastor cerró los ojos en un intento infructuoso por descansar. La noche iba a ser muy larga y había que estar despierto.  
 Íbamos a bailar al Country, o al Lomas, escuchábamos a Toto, The Police y gritábamos a coro "...last train to London...". No nos habíamos enterado de nada, aunque había señales, pero no podíamos decodificarlas, nos faltaban herramientas, información, desconfianza... El silencio no nos permitió aprender a leer.  
 En el paredón de la cancha de Banfield se pueden ver todavía los impactos de las balas.  
 El pibe andaba en algo raro había dicho mi vecina, que había escuchado a uno que comentaba lo que le habían contado. Seguramente, seguramente que era así, porque sino, porqué lo iban a matar, ¿no? Igual que a los que habían agarrado aquella noche en la calle Azara, contra la pared del ENNAM.  
 Al ENNAM no fuimos nunca a bailar, a pesar de que era muy común ir a bailar a escuelas de la zona... pero al ENAM no, no fuimos.  
 La noche decisiva ya había llegado. Los tíos trajeron a la chica oculta hasta la parroquia y le suplicaron por ella. Era una buena familia, le constaba. La chica estaba herida, lastimada, partida. Su marido vaya a saber dónde andaba, y los hijitos perdidos. Había que salvarla a ella. Seguramente la habían liberado para que se encuentre con él. Había que llevarla a Mercedes. Allí el obispo la protegería. Había que llevarla. Alguien tenía que hacerlo.  
 "El buen pastor da la vida por sus ovejas..."...deja las 99 y vuelve por la perdida... ¡Había que llevarla! Y el catecismo de los '50 se le mezclaba con las teologías de los '70. Era muy

joven entonces el curita. Al fin y al cabo, por más diestro que uno sea, el corazóncito siempre permanece a la izquierda. Y se le venían a la mente, como millones de toros topándolo a la vez, filosofías y teologías y liberaciones; y panes y peces y "bienaventurados sean los perseguidos porque de ellos será el reino de este mundo..."  
 El curita no preguntó más, encendió el motor y el auto arrancó. Había un solo camino, un solo sendero. Los hechos se desenvolvían como debían hacerlo. Él sabía muy bien que lo que estaba emprendiendo era lo correcto. Nada es más importante que la vida misma, nada.  
 Por los años de estudio, por su madre y su padre y las tierras de Castilla estaba seguro de que esto era hacer lo correcto, lo que cualquier otro que se precie de ser haría en su lugar.  
 ¡Vaya con Dios, Ana María! ¿Los chicos...? Le prometo que haré lo posible por localizarlos.  
 El sábado que viene no vamos a salir. Mejor vamos a la casa de Fafa que hace un asalto.  
 Si, es mejor quedarse. La otra noche vino el ejército y se metió en la parroquia con armas y perros. Caminaron por los techos... parece que buscaban algo.  
 Menos mal que el cura no estaba esa noche. Dejaron las marcas de sus botas en las chapas del tinglado.  
 Es verdad, el cura no estaba esa noche... no sabemos adónde había ido.  
 En aquellos tortuosos años en que el día era para muchos una noche infinita, algunos de los que permanecemos ciegos -porque a pesar de ser adolescentes, todavía no nos habían enseñado a leer-, guardamos misteriosa e impulsivamente en nuestro ser señales, gestos, silencios extraños, palabras sueltas que con el tiempo fuimos acomodando, urdiendo y dándole sentido en un tejido que podía interpretarse. Un tejido, un textum nuevo apareció ante nuestros ojos y empezó a hablarnos al oído, recordándonos

como esa palabra se relacionaba con este icono, como aquel gesto se lee a la luz de estas certezas adquiridas anacrónicamente. Tiempo después pudimos ver y leer.  
 Luego de saborear el orujo, Don Antonio cerró los ojos y volvió a darle arranque al rímbler. El buen pastor cruzó, otra vez, por caminos nocturnos, plagados de ojos oscuros y voces de alarma. Ripio y oscuridad. El sollozo de Ana lo guiaba, esos hijitos perdidos lo desconsolaban. Piedra, polvo, oscuridad, amenazas, pañuelos blancos. Buenos fines. La historia finalmente los reuniría.  
 Don Antonio había seguido el sendero correcto. Hoy podía descansar, cantar, sentir alegría.

Tomarse un orujo todas las noches y estar en paz en su tierra; cerrar los ojos musitando aquellas canciones que aprendió a cantar aquí, "...romperá la tarde en mi voz hasta el eco de ayer/ voy quedándome solo al final/ muerto de sed, harto de andar/ pero sigo creciendo en el sol, vivo.../una historia me recordará, vivo."  
 A la salud de Anita y de su hijo recuperado con el tiempo, que ha podido tener una madre viva por la acción correcta del curita de mi barrio.  
 Porque nada, nada es más importante que la vida misma, nada, ni las tierras ni los sistemas, ni las ideologías, nada. Quiera Dios que el hombre por fin lo entienda.

